



Escritos de Psicología

número 1 · 1997

ANÁLISIS

47

LA EVALUACIÓN DE LA PERSONALIDAD: UN ANÁLISIS CONCEPTUAL

M. Ángeles Luengo

*Departamento de Psicología Clínica.
Universidad de Santiago de Compostela*

INTRODUCCIÓN

Cualquier aproximación a la evaluación de la personalidad no puede desligarse de las cuestiones teóricas propias de este área de estudio. El amplio rango de fenómenos que se incluyen en el concepto de personalidad y la evolución que ha seguido este campo de estudio hacen difícil la delimitación del tema; por ello para intentar aclararlo recurrimos a una de las últimas revisiones que sobre este tema se han hecho en el *Annual Review of Psychology*. En concreto, en su trabajo de 1994, Ozer y Reise señalan que los esfuerzos de los investigadores de evaluación de la personalidad se concentran en tres aspectos principales:

1. Lograr una definición más clara y un cuadro más sutilmente afinado de los objetos primarios de evaluación, centrándose tanto en los aspectos sustantivos como conceptuales de la definición de características de personalidad.
2. Desarrollar nuevos métodos de recolección de datos, refinando los procedimientos más viejos.
3. Generar nuevos métodos de evaluar los resultados de la evaluación, manteniendo un escrutinio crítico de los procedimientos establecidos para averiguar la validez de los resultados de medida.

El análisis de estos tres aspectos en los que parece estar centrada en este momento la investigación sobre la evaluación de la personalidad supone la contestación a las preguntas que debe hacerse cualquier evaluador:

—¿Qué características o variables son objeto de la evaluación?

—¿Cómo debemos evaluar esas variables y cuáles son las estrategias o instrumentos de que se disponen?

—¿Qué criterios deben reunir las estrategias de evaluación para conseguir los resultados adecuados?

La separación de estas tres cuestiones es bastante artificial, ya que diferentes tipos de características de personalidad requieren métodos específicos de recogida de datos, y diferentes métodos de validación de los mismos y estos tres aspectos deben ir unidos en cualquier proceso de evaluación. En este trabajo vamos a tratar de analizar las cuestiones teóricas y conceptuales sobre las que versa actualmente la psicología de la personalidad, que nos dan cuenta de cuáles son las variables que debemos evaluar; y brevemente reseñaremos algunos de los instrumentos de evaluación más utilizados en el momento actual para medir esas variables.

EL OBJETO DE LA EVALUACIÓN

En las páginas introductorias de la mayoría de los textos de personalidad, podemos encontrar a menudo informaciones sobre la falta de consenso que existe en muchos aspectos en este campo. Sin embargo, la mera existencia de textos de personalidad y una subdisciplina identificable con este nombre sugiere que al menos algunos aspectos muy básicos son compartidos por la mayoría de los teóricos que se dedican a la investigación en personalidad. Levy (1970), después de una amplia revisión de las teorías de personalidad para identificar los puntos de confluencia de los diferentes teóricos, afirma: «coloquialmente puede decirse que en personalidad estamos interesados en aprender a describir la clase de persona que un hombre es, cómo se configura, cómo cambia y cómo puede usarse todo esto para explicar por qué él o ella se comportan tal como lo hacen y predecir cómo se comportarán en el futuro» (p.29). Retomando esta frase Lamiell (1982) señala que los objetivos de la psicología de la personalidad son:

1º Desarrollar un esquema viable para la descripción del individuo, identificando aquellas características o patrones de conducta, que el individuo manifiesta con algún grado de regularidad a lo largo del tiempo y a través de las situaciones.

2º Determinar bajo qué condiciones se adquieren y consolidan estas características o patrones de conducta y cómo se mantienen o cambian.

3º Emplear todo lo anterior para establecer principios generales que contribuyan a la comprensión, explicación y predicción de la conducta y del funcionamiento psicológico a nivel individual.

Claramente el primer y el tercer objetivo (desarrollo de una taxonomía de características que describan patrones regulares de comportamiento en el individuo y la predicción de la conducta a nivel individual) están ínti-

mamente relacionados con el proceso de evaluación y éste no lo podremos nunca realizar sin tener claro cuáles son las unidades básicas de evaluación y cuál es el fin de dicha evaluación.

La elección del tipo de unidad conceptual para describir a los individuos no puede realizarse arbitrariamente. La fundamentación teórica tiene un papel irremplazable en la evaluación de la personalidad. La teoría debe guiar la forma en la que un constructo se conceptualiza, cómo se mide y cómo pueden interpretarse las puntuaciones. Es necesario, entonces, delimitar las unidades básicas estructurales y dinámicas de análisis de las personas y establecer una taxonomía de las diferentes clases de variables de personalidad. Teniendo esto presente, ¿qué entendemos por evaluación de la personalidad?

El objetivo de la evaluación de la personalidad debe ser la descripción del individuo, pero sólo una parte de la descripción tiene que ver con lo que es la personalidad. La descripción física de una persona, el funcionamiento fisiológico o la descripción de la conducta como tal, aunque han sido considerados por algunos modelos teóricos como el objeto de evaluación y pueden ser indicadores de características de personalidad, no constituyen por sí mismos la meta de la evaluación de la personalidad. Cuando hablamos de personalidad nos estamos refiriendo al modo en que una persona se comporta, a sus disposiciones o estados de ánimo y a las situaciones o conductas que un individuo elige en contraposición a las que esa persona tiende a evitar. Es decir, los conceptos básicos de personalidad son los conceptos aptitudinales, temperamentales, motivacionales, de actitudes, y de intereses que configuran las variables, que en interacción con el ambiente dan como resultado la conducta individual.

Se asume por la mayor parte de los teóricos que trabajan en este campo que el concepto de personalidad hace referencia a patrones de respuesta persistentes y duraderas que un individuo realiza a través de una amplia variedad de situaciones. A estos patrones relativamente consistentes de conducta se les ha denominado rasgos, tendencias disposicionales, motivaciones, actitudes y creencias que se combinan de una forma más o menos integrada en la estructura del individuo en particular.

A pesar de este supuesto del que se parte cuando hablamos de personalidad, las distintas teorías que han surgido en el estudio de la misma conllevan técnicas de diagnóstico distintas y analizan distintos tipos de variables.

LA EVALUACIÓN DESDE LOS DIFERENTES MODELOS TEÓRICOS

Evaluación de la personalidad en las teorías clínicas

En un primer momento la psicología de la personalidad aparece vinculada al contexto clínico y al desarrollo de modelos psicodinámicos. Estas teorías insisten especialmente en la idiosincrasia del individuo, en la individualidad de las respuestas, en la concepción de la conducta como resultado de la interacción de fuerzas externas e internas complejas (motivos, impulsos, necesidades y conflictos) y en la comprensión global de la conducta en función de relaciones existentes en la estructura de la personalidad. A partir de este modelo surgen técnicas de diagnóstico concretas tales como: los tests proyectivos (Rorschach, TAT) basados en la importancia que se le da a procesos inconscientes en las teorías más psicodinámicas y otras técnicas, basadas en las teorías de corte más fenomenológico y en la importancia que estas teorías le dan a la interpretación que el sujeto hace de sí mismo y del mundo que le rodea, que sirven para la evaluación de la experiencia subjetiva, tales como: la entrevista, la autobiografía, los autoinformes subjetivos, la técnica Q, el test de repertorio de Roles (REP).

Evaluación de la personalidad en las teorías psicométricas

Una segunda fase en el desarrollo del estudio y la evaluación de la personalidad está marcada por el auge de los estudios factorialistas. En esta época la personalidad parece convertirse en objeto de ciencia a través del estudio de las dimensiones y la utilización de los métodos cuantitativos para el análisis de las mismas. La característica principal de este período es la de considerar la personalidad en términos de un conjunto mayor o menor de disposiciones (rasgos o tipos). Estos rasgos pueden cuantificarse, son graduables (cada individuo los posee en distintos grados) y nos permiten analizar las diferencias individuales en la conducta de la persona. Se supone que los individuos difieren entre sí, más o menos permanentemente, en el grado que poseen cada uno de los atributos o rasgos y la labor del teórico de la personalidad va a consistir en identificar los rasgos más importantes en función de los cuales se puede definir la personalidad de una persona y se puede predecir posteriormente su comportamiento.

Existen diferentes niveles de análisis. Uno de ellos, influido por la tradición biotipológica médica, el desarrollo de las teorías constitucionalistas y los desarrollos

de la escuela soviética, se centra en el análisis de dimensiones temperamentales prefijadas biológicamente. El otro nivel de análisis, relacionado con los estudios de psicología diferencial de la inteligencia, se centra más que en la raíz biológica de las disposiciones temperamentales, en el análisis correlacional de respuestas habituales que se agrupan empíricamente en forma de rasgos, o conjuntos de rasgos, tipos. Desde estos modelos los rasgos, considerados como disposiciones relativamente amplias y estables para comportarse de ciertos modos que se transfieren de unas situaciones a otras, son la unidad básica de análisis de la personalidad y ésta no es más que un conjunto de disposiciones generalizadas que sirven para predecir cómo el individuo se comportará en una situación determinada.

El problema surge en el número de rasgos o dimensiones que se deben tener en cuenta para definir a un individuo, y explicar sus manifestaciones conductuales y el nivel de amplitud de las disposiciones. Así mientras Eysenck considera que es suficiente con tres *dimensiones* o *tipos*, que identifica a partir de los factores de segundo orden, Cattell y Guilford consideran útil el definir la personalidad en función de rasgos o factores de primer orden, a los que consideran rasgos fundamentales de la personalidad.

Este enfoque va a dar lugar a todos los estudios sobre dimensiones de personalidad y a aquellos que se centran en su estructura y medida y contribuyen al desarrollo de los instrumentos más utilizados tradicionalmente en la evaluación de la personalidad. Los diferentes sistemas de clasificación de rasgos en personalidad, tales como el de Cattell, el de Eysenck han dado lugar a los instrumentos de evaluación de diferencias individuales más conocidos (16PF, EPI, EPQ). También aparece en esta época un interés por el estudio de dimensiones aisladas tales como: la motivación de logro, la ansiedad, el autoritarismo, y se desarrollan instrumentos específicos para el análisis de tales dimensiones.

Aunque no está basado en el análisis factorial sino en criterios clínicos, un hito en la evaluación de la personalidad lo constituyó la edición en 1942 del *Minnesota Multiphasic Personality Inventory* (MMPI) que se ha convertido en uno de los instrumentos de evaluación más usado por psiquiatras y psicólogos clínicos y ha originado un número amplísimo de investigaciones, que han dado lugar a diferentes revisiones del mismo.

La crisis de la psicología de la personalidad y la evaluación conductual

El propio desarrollo de los estudios psicométricos en el análisis de la personalidad hizo que los investigadores

se preocuparan seriamente por las cuestiones metodológicas de fiabilidad y validez de los instrumentos utilizados y, como consecuencia de esto, se empieza a producir un cuestionamiento fuerte de la adecuación de los instrumentos de medida tradicionales, que tiene su punto más álgido en 1968, con la publicación de la obra de W. Mischel *Personalidad y Evaluación*. En esta obra se presenta una gran cantidad de evidencia empírica en contra de uno de los supuestos más ampliamente aceptados y del que parten la mayoría de las teorías de la personalidad y de los procedimientos de evaluación desarrollados hasta el momento, y que es el de que la conducta es estable y consistente a través de las situaciones, y se pone de manifiesto cómo los instrumentos de evaluación apoyados en este supuesto no son válidos, ni fiables, ni útiles para la predicción de la conducta.

Aunque el libro de Mischel prestó un importante servicio a la psicología de la personalidad, al llamar la atención sobre el mal uso que se estaba haciendo del concepto de rasgo y de las técnicas de evaluación, recibió duras críticas y fue considerado como un intento de reemplazar las disposiciones por las situaciones y los ambientes como unidades de estudio, favoreciendo un punto de vista situacionista en personalidad. Esta perspectiva se ve reforzada por el desarrollo de la evaluación conductual, por el éxito aparente de las diversas terapias de conducta, por un modelo skinneriano de hombre y un enfoque positivista de la ciencia. El situacionismo radical fue abandonado pronto incluso por sus propios formuladores. No obstante supuso una serie de reformulaciones de gran importancia para la psicología de la personalidad.

La evaluación de la personalidad desde el modelo interaccionista

Algunos autores, teniendo en cuenta las limitaciones del concepto de rasgo y los sesgos del situacionismo, intentan una aproximación integradora y dan auge al modelo interaccionista, según el cual la persona y la situación constituyen en su interacción una estructura inseparable y ésta debe ser el objeto de estudio de la psicología de la personalidad.

Otros teóricos de la personalidad, mantienen la utilidad de concepto de rasgo o disposición y analizan las deficiencias conceptuales y metodológicas de la investigación, proponiendo refinamientos conceptuales y metodológicos que permitan explicar tanto la coherencia de la personalidad como la variabilidad de la conducta.

El hombre, desde la perspectiva interaccionista, es concebido como un ser activo, consciente, solucionador

de problemas, que utiliza gran cantidad de experiencias cognoscitivas, que construye su mundo psíquico, que interpreta y elabora la información, que influye en el mundo y es influido por él. Este enfoque cambia las unidades de estudio de rasgos globales inferidos a través de signos conductuales, por actividades cognitivas y patrones conductuales de los sujetos que se estudian siempre en relación a las condiciones que los evocan, los mantienen y los cambian.

La perspectiva interactiva ha supuesto una revitalización del campo de la personalidad, dando gran importancia a los factores cognitivos, acercando el campo de la personalidad al campo de la cognición social y defendiendo un punto de vista de la personalidad como organizada idiosincráticamente y en constante interacción con el medio social.

Desde la perspectiva del aprendizaje social cognitivo Mischel(1973) señala que las competencias conductuales y cognitivas para emitir la conducta, las estrategias de codificación y categorización, las expectativas, los valores subjetivos y los sistemas autorreguladores y planes son las variables en interacción con las circunstancias de la situación, en función de las cuales se pueden establecer diferencias individuales y predecir la conducta.

Posiblemente estas variables no tienen que sustituir a las propuestas desde los modelos dimensionales y simplemente suponen un incremento en el número de variables a tener en cuenta en el estudio y la evaluación de la personalidad.

Considerando estos desarrollos ¿cuáles son las unidades conceptuales básicas que se deben tener en cuenta en la evaluación de la personalidad? Dedicaremos los próximos apartados a delimitar las unidades conceptuales en las que se centra actualmente la evaluación en personalidad.

DESARROLLOS ACTUALES: LAS UNIDADES CONCEPTUALES PARA LA EVALUACIÓN DE LA PERSONALIDAD

El rasgo como unidad básica de análisis

En las últimas dos décadas ha existido un gran progreso en el estudio de rasgos y diferencias individuales. El estatus conceptual del rasgo se ha clarificado (Funder, 1991) y nadie duda de la validez descriptiva de los rasgos para reflejar regularidades empíricas de la conducta. Estudios longitudinales incluyendo autoinformes y puntuaciones de conducta muestran una impresionante estabilidad en un amplio rango de rasgos a través de la vida adulta. Así mismo, las medidas de rasgo han mostrado evidencia de validez convergente y discriminante

a través de los instrumentos y de observadores (Kenrich y Funder, 1988). Pero quizás el hallazgo más importante entre los psicólogos de la personalidad en los últimos años se centra en la consistencia de los hallazgos en el análisis taxonómico de la personalidad.

Después de muchos años de debate sobre el número adecuado y la identificación de las dimensiones de personalidad, existe un fuerte acuerdo entre diferentes grupos de investigación en que la mayor parte de las diferencias individuales en personalidad pueden comprenderse en términos de cinco dimensiones básicas: Neuroticismo versus Estabilidad emocional (N), Extraversión versus introversión (E), Apertura a la experiencia (O), Amabilidad versus oposicionismo (A) y Responsabilidad. En este momento, el modelo de los cinco grandes ha entrado con fuerza en el campo de la personalidad y en el de la evaluación psicológica.

Cuando se ha intentado analizar la estructura de personalidad en términos de rasgos se han seguido dos estrategias: 1) desarrollar modelos multivariados para representar variables latentes subyacentes a las diferencias individuales en la estructura de la personalidad y ; 2) desarrollar taxonomías de términos descriptivos de rasgos que proporcionen una representación de cómo los atributos de personalidad se codifican en el lenguaje ordinario. El modelo de los cinco grandes supone una convergencia entre estas dos tradiciones y ha sido uno de los avances más importantes en el análisis taxonómico de personalidad en los últimos años. Estos factores han sido encontrados en análisis factoriales de atribución de rasgos hechas por observadores, posteriores repeticiones usando autopuntuaciones o puntuaciones de los iguales sobre escalas de adjetivos y puntuaciones de autoinformes y cuestionarios de personalidad. Estos factores han demostrado ser estables a lo largo del tiempo, se han aislado en diferentes muestras de niños, adultos, estudiantes, miembros del ejército... y han sido replicados trans-culturalmente en diferentes países.

Por otra parte esos factores son capaces de englobar las variables que se miden en diversos cuestionarios de personalidad, aunque dichos cuestionarios se hayan construido a partir de posiciones teóricas distintas. Según Wiggins y Trapnell (1992) el modelo de los cinco factores supone la integración de cuatro perspectivas actuales de la investigación en personalidad: la disposicional, la diádica- interpersonal, la de competencia social de Hogan y la perspectiva léxica.

Diferentes instrumentos de evaluación están asociados con cada una de estas perspectivas y el modelo de los cinco grandes ha generado una gran cantidad de instrumentos de evaluación: el NEO-PI (Costa y McCrae, 1985), la escala de adjetivos Interpersonales (IASR-B5;

Trapnell y Wiggins 1990), el Inventario Personalidad de Hogan (HPI; Hogan 1986) y la escala de adjetivos o marcadores de la estructura de los Cinco Grandes (SMS, Goldberg, 1992). En este momento está también disponible una versión reducida del NEO-PI de 60 ítems (NEO-FFI; Costa y McCrae 1989) y la versión revisada NEO-PI-R que incluye escalas para los cinco dominios conceptuales (Costa y col, 1992). Una descripción de las escalas que constituyen cada uno de los factores puede verse en Sánchez Bernardos (1995).

En nuestro país, ha sido publicado recientemente por TEA el BFQ, una traducción y adaptación del cuestionario de personalidad para evaluar los *cinco grandes factores* del cuestionario elaborado en Italia por G. V. Caprara, C. Barabarelli y L. Borgogni (1994) y está en proceso de publicación la versión española de NEO-PI-R. Una versión del cuestionario para evaluar los cinco factores en el contexto de la psicología organizacional y de selección de personal (IP/5F) ha sido realizada, para uso experimental, por Salgado (1994).

El gran interés y la cantidad de investigación que ha generado el modelo de los cinco factores está en la capacidad de asimilar e integrar otras representaciones y sistemas de clasificación de personalidad anteriores, tales como: el de Cartell (Gerbin y Tuley, 1991) el de Eysenck (Goldberg y Rosolack, 1993; Avia y cols. 1995), el de Guilford (Digman, 1990) y el sistema de necesidades de Murray (Paunomen y cols, 1992) tal como éste se evalúa utilizando el Jackson's Personality Research Form (PRF, Jackson, 1974). También integra modelos más recientes, de amplia repercusión en el campo clínico, como los modelos circulares de rasgos interpersonales (Hofstee y col., 1992, Saucier 1992). El Inventario de estilo interpersonal (ISI; Lorr, 1986) contiene cinco escalas, tres de las cuales (implicación interpersonal, socialización y autonomía), parecen reflejar las dimensiones de Extraversión y Afabilidad del modelo de los cinco grandes. Las otras dos (Autocontrol y Estabilidad) están claramente relacionadas con las dimensiones de Responsabilidad y Neuroticismo.

Así mismo, diferentes estudios han demostrado la utilidad de los cinco factores para ser aplicados en diferentes contextos.

En el contexto de la psicología de las organizaciones, diferentes revisiones, tanto cualitativas como cuantitativas, han concluido que las medidas de personalidad clasificadas dentro del dominio de los cinco factores están sistemáticamente relacionadas con diferentes criterios de éxito ocupacional. Los resultados del estudio de Barrick y Mount (1991) confirman que la dimensión de responsabilidad tiene una validez general como predictor para todo tipo de profesiones y los restantes factores

tienen validez en ocupaciones concretas. Otras investigaciones meta-analíticas (Tett y col. 1991; Salgado, 1996) que estudian el poder predictivo de las medidas de personalidad, a la luz del modelo de cinco factores, subrayan los factores de Responsabilidad, Neuroticismo y Afabilidad como predictores válidos en el rendimiento laboral e incluso se enfatiza la validez incremental de las medidas de personalidad sobre las medidas cognitivas como predictores de éxito ocupacional (Goldberg, 1993).

En el contexto clínico, Costa y McCrae (1992) analizan las relaciones entre los cinco factores y los diferentes trastornos de personalidad y subrayan como el NEO-PI puede ayudar al clínico a la comprensión del paciente, a seleccionar el tratamiento adecuado y a anticipar el curso y los resultados de la terapia. También se han realizado estudios (Costa y McCrae, 1990; McCrae, 1991) en los que se examinan los factores y escalas del NEO-PI con las escalas clínicas de los dos instrumentos más ampliamente utilizados en el contexto clínico, el MMPI y el Millon Clinical Multiaxial Inventory (MCMI). Los resultados demuestran que Personalidad *bordeline*, Ansiedad y Esquizofrenia se relacionan preferentemente con Neuroticismo, Manía con Extraversión y Paranoia y rasgos antisociales están correlacionados con Afabilidad. Widiger (1993) defiende un modelo dimensional para la categorización de los trastornos psiquiátricos y demuestra cómo cada uno de los trastornos del eje II en el DSM-III-R y del DSM-IV se relaciona significativamente con los cinco factores y cada una de sus facetas. Otros autores (Hart y Hare, 1994; Trull y Sher, 1994; Zuroff, 1994) a pesar de que indican las limitaciones de los cinco factores para explicar la variabilidad de la patología, demuestran que diferentes síntomas psicopatológicos están estadísticamente relacionados con ellos. A partir de criterios de diagnóstico clínico y de descriptores de conducta desadaptada Harkness y McNulty (1994) han elaborado un instrumento (PSY-5) que mide los cinco factores y que como señalan J. N. Butcher y S.V. Rouse (1996) puede ser adecuado para el análisis de la psicopatología desde un punto de vista dimensional.

También en el contexto educativo hay datos que indican la validez del modelo: así Dollinger y Orf (1991) demuestran que los factores de Apertura a la Experiencia y Responsabilidad son buenos predictores del rendimiento en estudiantes universitarios. Costa, McCrae y Holland (1984) encuentran una gran relación entre intereses vocacionales y los cinco factores.

A pesar de la gran aceptación y de la evidencia empírica que apoya la validez del modelo, éste no está libre de críticas.

Algunos autores han señalado que el modelo no es suficientemente comprensivo para analizar las diferencias de personalidad y que el modelo no recoge dimensiones importantes para la descripción de los individuos. En concreto, Almargor, Tellegen y Waller (1995) señalan que se han excluido del modelo dimensiones evaluativas relacionadas con la autoestima y la autopercepción de sí mismo que parecen ser necesarias en la evaluación de diferencias individuales. Estos autores proponen un modelo de siete factores que incluiría dos factores: uno, que denominan valencia positiva y otro que denominan valencia negativa y que recogerían los aspectos positivos y negativos de la autoevaluación. Otros autores (Mroczek, 1993) señalan que el segundo factor del MMPI, control del yo y los aspectos relacionados con el control de impulsos, no aparecen bien recogidos en el modelo. En un estudio realizado por nosotros mismos (Luengo y cols, 1995) para ver el lugar de la impulsividad en el modelo de los cinco factores, ésta aparecía como un factor independiente.

Otros autores, como Eysenck (1992) o Zuckerman (1994), siguen manteniendo la utilidad de un modelo de tres factores, apoyándose en el fuerte acuerdo existente en considerar la extraversión-introversión y neuroticismo-estabilidad emocional como partes fundamentales para cualquier taxonomía de la personalidad y sugiriendo que afabilidad y responsabilidad forman parte de un factor de orden superior (psicoticismo según el modelo de Eysenck o búsqueda de sensaciones impulsivas en el modelo de Zuckerman), mientras la dimensión de apertura puede ser considerada más como un constructo cognitivo que de personalidad.

Otras críticas (Wiggins y Pincus, 1992) sugieren que en este modelo, al centrarse en categorías superordenadas, se pierden muchos aspectos más específicos y útiles para la descripción y predicción de la conducta y que el modelo es atórico y descriptivo más que explicativo.

Otra cuestión que se plantea es hasta qué punto estos cinco factores representan verdaderas disposiciones de personalidad y responden a la conducta de las personas o son regularidades de conducta construidas por el observador y alejadas de los patrones emocionales, conductuales y cognitivos que exhiben las personas. Como señala Avia (1995), este problema está presente en la mayor parte de los datos en personalidad y lo que es necesario es determinar si estos rasgos de personalidad son útiles para predecir las conductas de las personas.

Para que cualquier campo de la ciencia avance es necesario tener un sistema de clasificación para acumular y categorizar los hallazgos empíricos. La robustez del modelo de los cinco factores proporciona ese esquema significativo para formular y probar hipótesis que rela-

cionan las diferencias individuales en personalidad con un amplio rango de criterios conductuales. Como se deriva de las críticas que hemos analizado, determinar si la alteración del modelo es necesaria es una cuestión importante para la investigación futura sobre la estructura de la personalidad. Asimismo, es necesario relacionar estos factores con variables biológicas y conductuales y analizar los procesos psicológicos que subyacen a los mismos. Sin embargo, en este momento, el modelo parece ser un referente básico para la evaluación de rasgos de personalidad y como señalan Ozer y Reise (1994): «...los psicólogos que continúen empleando su medida preferida sin localizarla en el modelo de los cinco factores, sólo pueden asemejarse a los geógrafos, que registran nuevos países, pero rechazan localizarlos en el mapa que otros han encontrado» (p.361).

Aunque la más reciente investigación sobre la evaluación de la personalidad se centra en la estructura de la personalidad y el modelo de los cinco factores es el más representativo, los investigadores revisan escalas y elaboran escalas específicas sobre rasgos importantes de personalidad. Ansiedad, agresión, impulsividad, búsqueda de sensaciones, altruismo, maquiavelismo, dogmatismo, dominancia, *self-monitoring*, autopresentación, represión-sensibilización, son algunos de los rasgos que se están analizando y muchos nuevos instrumentos de evaluación se desarrollan, si bien es necesario que estas medidas se inscriban en una taxonomía de variables de diferencias individuales.

Asimismo, teniendo en cuenta la aproximación interaccionista, basada en el supuesto de que la comprensión de los entornos es un aspecto importante en la evaluación de los individuos, se evalúan los rasgos en relación a situaciones específicas y las cuestiones sobre reacciones personales a situaciones específicas se incluyen en muchas medidas. Ejemplo de este tipo de medidas son los cuestionarios S-R, desarrollados por el grupo de investigación de Endler (Endler y Okada, 1975; Endler y Hunt, 1968) para la evaluación de la ansiedad y la hostilidad respectivamente.

En nuestro país Sandín y Chorot (1983) han construido el Cuestionario de Ansiedad Rasgo (CA-SR) que al igual que el cuestionario de Endler es multidimensional y evalúa la ansiedad referida a cuatro tipos de situaciones (interpersonal, daño físico, novedad/incertidumbre y rutinaria) y a tres tipos de modos de respuesta (fisiológica, evitación y aproximación). Otro cuestionario de este tipo, publicado recientemente por TEA, es el Inventario de Situaciones y Respuestas de Ansiedad (ISRA) de J. Miguel Tobal y A.R. Cano Vindel (1988), que evalúa respuestas cognitivas, fisiológicas y motoras de ansiedad ante diferentes situaciones de la vida cotidiana.

Otras medidas establecen la distinción entre aquellos atributos permanentes y estables (rasgos) y aquellos dependientes de la situación (estados). Uno de los más conocidos es el Cuestionario de Ansiedad Estado-Rasgo (STAI), desarrollado por Spielberger, Gorsuch y Lushene (1970) y traducido y adaptado por TEA. Este grupo de investigación ha desarrollado un cuestionario de este tipo para la evaluación de la ira, el State Trait Anger Expression Inventory (STASI) (Spielberger, 1988) que está siendo ampliamente utilizado en la investigación.

La utilización de medidas globales de personalidad versus la utilización de medidas específicas de rasgos vendrá siempre determinada por el fin al que se destina dicha evaluación. Parece obvio que la evaluación de la personalidad no puede separarse del objetivo por el que se realiza dicha evaluación. Esto fue un supuesto introducido en personalidad por el modelo conductual, pero es un principio que debe ser aceptado por los evaluadores. En algunos casos y para determinados objetivos es necesario utilizar medidas globales de personalidad, en otros casos la utilización de medidas específicas será más recomendable. Es diferente evaluar a un adolescente para orientarlo hacia determinados estudios o si se nos pide seleccionar al mejor candidato para un puesto de trabajo entre una serie de individuos, que si la evaluación se lleva a cabo en un contexto clínico. En el primer caso, la utilización de medidas globales puede ser adecuada; sin embargo, cuando lo que se intenta es predecir conductas específicas o evaluar rasgos concretos de personalidad en contextos clínicos, la utilización de escalas específicas que tienen en cuenta los rasgos en relación a variables situacionales, es más recomendable.

Los constructos motivacionales como unidades de evaluación

Aunque el concepto de rasgo o disposición es central para el análisis de la estructura y evaluación de la personalidad, también se utilizan otras unidades conceptuales para el análisis de diferencias individuales. La amplia tradición clínica en la investigación en personalidad, unida a los desarrollos del modelo interaccionista y de las teorías del aprendizaje social más actuales, subrayan la necesidad de analizar la personalidad desde una perspectiva más procesual y, desde este punto de vista, constructos motivacionales tales como: necesidades, expectativas, atribuciones, intenciones, creencias, estilos y repertorios de conductas, aparecen como unidades básicas para el análisis de diferencias individuales.

Estos conceptos motivacionales como señalan Buss y Cantor (1989) ocuparían un nivel medio de análisis entre los rasgos y la conducta o como señala Pelechano

(1989) serían factores intermedios en un parámetro de generalidad-especificidad de las variables de personalidad, que se refieren a parcelas comportamentales de generalidad intermedia correspondientes a contextos bien definidos tales como el mundo escolar, el mundo laboral, el mundo familiar, las relaciones interpersonales, etcétera. Desde las teorías del aprendizaje social los individuos en lugar de estar caracterizados por rasgos de personalidad, lo están por procesos cognitivos transituacionales adquiridos a partir de experiencias de aprendizaje, que determinan cómo se percibe la situación y cómo se responde a ella.

Dos de las dimensiones motivacionales que más relevancia han tenido en la investigación, han sido la necesidad de control y la necesidad de logro. En relación a la necesidad de control, como señalan Bermúdez y Pérez (1989), dos aspectos han sido analizados: las expectativas (de solución de problemas, de refuerzo, de lugar de control) que el individuo lleva a la situación en que se desarrolla la conducta y las atribuciones o explicaciones atribucionales que hace de los resultados de su conducta. Se han desarrollado, en los últimos años, múltiples instrumentos y técnicas de evaluación para medir expectativas, atribuciones y estilos atribucionales. Dada la imposibilidad de referirnos a ellas en estas páginas, remitimos al lector a la revisión que de las mismas realiza Alonso Tapia (1990).

En relación a la necesidad de logro, se han elaborado diferentes cuestionarios para medir esta variable (Hermans, 1970; Smith, 1973; Paspalnov y Stetinsky, 1984). Sin embargo, ninguno de ellos ha tenido mucho éxito a nivel predictivo y la medida original elaborada a partir de la técnica proyectiva del TAT es la que se sigue utilizando en la mayor parte de las investigaciones. Merece destacarse, en nuestro país, el cuestionario MAE de Pelechano en el que se intenta medir la unidimensionalidad o multidimensionalidad de la motivación de logro y de la ejecución, aislándose seis factores: (M1) Tendencia a la sobrecarga en el trabajo, (M2) Separación entre el mundo privado y el laboral, (M3) Autoexigencia laboral, (M4) Motivación positiva general hacia la acción, (A1) Ansiedad inhibitoria de rendimiento y (A2) Ansiedad facilitadora del rendimiento.

Otras necesidades y motivaciones derivadas de la teoría de Murray, tales como la necesidad de afiliación, la necesidad de aprobación o el motivo de poder, también están siendo significativas en la investigación en personalidad y nuevos métodos de evaluación, basados en un enfoque idiográfico de la personalidad, tales como: el análisis de tareas de vida (Cantor, 1990), el análisis de proyectos personales (Little y cols., 1992) y el análisis temático de acontecimientos diarios (Hanson, 1992) se

utilizan para evaluar metas, valores y motivos que influyen en la selección de situaciones que realizan los individuos y en sus reacciones a ellas.

Personalidad y Evaluación psicofisiológica

Paralelo al interés por el desarrollo del concepto de rasgo y las propuestas taxonómicas de descripción de la personalidad, ha surgido el interés por analizar los aspectos causales y los correlatos biológicos de las diferencias individuales.

La mayor parte de los estudios en relación al sustrato biológico de la personalidad están directamente o indirectamente relacionados con la teoría de Eysenck y con la reformulación que de su teoría ha realizado Gray. Estos autores proponen diferentes sistemas de activación (cortical, del sistema límbico y del sistema adrenocortical) relacionados con dimensiones de personalidad. En concreto Gray (1991) propone diferentes sistemas fisiológicos asociados a dimensiones de personalidad. El sistema de activación conductual (BAS) en el que están implicadas tanto estructuras del sistema nervioso central como del sistema nervioso autónomo, activaría conductas de aproximación a señales de recompensa y estaría relacionado con diferentes características de la extraversión, tales como la impulsividad, la búsqueda de estimulación y los afectos positivos. El sistema de inhibición conductual (BIS), asociado con el sistema septohipocámpal, sería responsable de las conductas de inhibición ante señales de castigo y estaría relacionado con las dimensiones de ansiedad, neuroticismo y afectos negativos. La agresión y la hostilidad, relacionadas con el psicoticismo y en el modelo de los cinco grandes con responsabilidad y afabilidad, se relacionaría con el sistema de activación adrenocortical.

Zuckerman (1991) ofrece una teoría integrada acerca de cómo las diferencias genotípicas llevan a diferencias en las dimensiones de personalidad y propone múltiples niveles de mediación: bioquímica (neurotransmisores, enzimas, hormonas), psicofisiológica (niveles de activación), emocional (afectos positivos, ansiedad) y cognitivo-conductual (susceptibilidad a la recompensa y al castigo). Aunque, como el mismo señala, es un modelo tentativo que requiere mucha más investigación, puede ser un esquema válido para la integración de variables biológicas y diferencias en personalidad.

Existen diferentes críticas (Revelle, 1995) en el sentido de que la identificación de sistemas biológicos particulares con rasgos de personalidad o trastornos psicopatológicos tiende a ignorar la complejidad del funcionamiento del sistema nervioso y por ello los mecanismos biológicos propuestos en muchas ocasiones difieren

según los investigadores. Sin embargo, es importante resaltar el esfuerzo por interrelacionar el sistema conductual y el biológico como fuente de diferencias individuales.

Estos desarrollos en la investigación en personalidad han posibilitado en el campo de la evaluación que las técnicas fisiológicas y otros indicadores biológicos puedan utilizarse como estrategias alternativas y complementarias de la evaluación de los rasgos. Esto es especialmente útil al ser estrategias que ofrecen una posibilidad de evaluación mucho más objetiva y operativizable que la de los autoinformes.

De entre las medidas fisiológicas, los registros de la actividad electrodermal, de la actividad cardíaca y de las respuestas electroencefalográficas (EEG) son los que han recibido mayor atención en la evaluación de la personalidad y en muchos estudios se han visto relacionados con rasgos de personalidad tales como la ansiedad, el neuroticismo o la extraversión. Otros indicadores bioquímicos como el nivel de actividad serotoninérgica, la secreción de adrenalina y el nivel de testosterona han sido relacionados con la psicopatología de la desinhibición, la impulsividad y la agresión.

EPÍLOGO

El individuo como unidad de análisis: el estudio de vidas

Hasta este momento hemos centrado nuestra revisión en las variables que sirven para el estudio de diferencias individuales y en los instrumentos de evaluación utilizados para medirlas. Sin embargo, ¿cómo podemos analizar cómo esas variables interactúan y dan lugar a patrones de conducta individual?, ¿cómo esos patrones de conducta permanecen estables o cambian a lo largo de la vida del individuo y en diferentes situaciones?

Frente a una psicología de la personalidad centrada en las variables, ha surgido en la última década una psicología de la personalidad centrada en la persona como unidad de análisis. Este punto de vista tiene sus raíces históricas en la afirmación de Murray hace más de 50 años en el sentido de que el personólogo debería esforzarse en el estudio de la persona en su conjunto, para comprender la estructura y el contenido de su propia vida en su contexto socio-histórico. El análisis de la motivación y la biografía sería para Murray (1938) la forma de exploración empírica de la personalidad.

El resurgir del mensaje personológico de Murray ha orientado la investigación en personalidad hacia el estudio de los efectos de las disposiciones personales sobre

las motivaciones, metas e interacciones personales y sociales. La investigación desde este punto de vista se centra en la evolución de los patrones conductuales, afectivos y cognitivos a lo largo del tiempo e intenta comprender los procesos de adaptación y ajuste a las condiciones de vida.

Desde este punto de vista, el estudio de casos con datos agregados en diferentes momentos temporales y en diferentes ocasiones, la utilización de diferentes tipos de medida, (autoinformes del sujeto, informes de los observadores, registros de repertorios de conductas, registros psicofisiológicos), el análisis psicobiográfico utilizando documentos personales y datos de archivo y el estudio de vidas a partir de análisis idiográficos, están siendo consideradas técnicas importantes en la evaluación de la personalidad.

Runyan (1983) ha aportado una gran evidencia sobre el tema de la autobiografía y los métodos idiográficos de evaluación para el estudio de vidas. Singer y Kolligian (1987) han analizado diferentes estrategias para el estudio de la experiencia privada. El registro de acontecimientos de la vida cotidiana (Hanson, 1992) se está convirtiendo en una estrategia de evaluación que permite analizar cómo los rasgos, los estados afectivos, las metas, motivos e intenciones se relacionan con el ajuste psicológico del individuo.

El evaluar las experiencias de vidas es una tarea problemática y algunas cuestiones todavía se encuentran sin resolver. Algunos de los problemas que se plantean y sobre los que debería centrarse la investigación son: ¿cómo muestrear las experiencias?, ¿cómo registrarlas?, ¿es preferible utilizar escalas de puntuaciones o formatos abiertos?, ¿cómo categorizar y resumir los resultados registrados?, ¿cómo determinar la frecuencia y duración de los registros?, ¿cómo retener a los sujetos en el proceso de evaluación?, ¿cuáles son los procesos de análisis de datos?

El cambio desde la perspectiva centrada en las variables a la perspectiva centrada en las personas, en la que se analizan las relaciones de diferentes constructos psicológicos dentro del individuo y los procesos de adaptación individual, requiere una aproximación metodológica diferente y nuevas estrategias de evaluación, si bien éstas deben ser utilizadas sin perder el rigor metodológico de las técnicas anteriores, y las cuestiones de fiabilidad y validez de las medidas también deben ser tomadas en consideración. El campo de la evaluación se ha enriquecido sustancialmente con la creciente aceptación de los métodos idiográficos. Sin embargo, más que reemplazar a las estrategias nomóticas de medida de personalidad, el análisis de las experiencias subjetivas e individuales como fuente de datos debe representar un reto para el progreso en la evaluación de la personalidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almargor, M., Tellegen, A. y Waller, N. G. (1995). A cross-cultural replication and further exploration of the basic dimensions of Natural language trait descriptors. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69,2,300-307.
- Avia, M. D. (1995). Los rasgos de personalidad: estructuras empíricas y representaciones cognitivas. En M.D.Avia y M.L. Sánchez Bernardos (eds.): *Personalidad: aspectos cognitivos y sociales*. Madrid: Pirámide.
- Barrick, M. R. y Mount, M. K.(1991). The Big Five personality dimensions and job performance: A meta-analysis. *Personnel Psychology*, 44, 1-26.
- Bermúdez, J. y Pérez, A. M. (1989). Análisis procesual de la personalidad. En: E. Ibáñez y V. Pelechano (Eds.) *Personalidad*. Madrid: Alhambra Universidad.
- Buss, D.M. y Cantor, N. (1989). *Personality Psychology: Recent Trends and Emerging Directions*. New York: Springer-Verlag.
- Butcher, J.N. y Rouse, S. V. (1996). Personality: Individual differences and Clinical Assessment. *Annual Review of Psychology*, 47,87-111.
- Cantor, N. (1990). From thought to behavior: «having» and «doing» in the study of personality and cognition. *American Psychology*, 45, 735-750.
- Caprara, G.V., Barbanelli, C. y Borgogni, L. (1994). *The Big Five Questionnaire*. Firenze: OS.Organizzazione Speciali.
- Costa, P.T. Y McCrae, R.R.(1985). *The NEO Personality Inventory Manual*. Odessa, FL: Psychological Assessment Resources.
- Costa, P.T. Y McCrae, R.R. (1992). *NEO-PI-R Professional Manual*. Odessa, FL: Psychol. Assess.Res.
- Costa, P.T. y McCrae, R.R. (1992). Normal Personality Assessment in Clinical Practice: The NEO Personality Inventory. *Psychological Assessment*, 4, 1, 5-13.
- Costa, P.T. y McCrae, R.R. (1990). Personality disorders and the five-factor model of personality. *Journal Personality Disorders*, 4, 362-371.
- Costa, P.T. Y McCrae, R.R. (1989). *The NEO-PI/NEO-FFI Manual Supplement*. Odessa, Fla: Psychol. Assess.Res.
- Costa, P.T., McCrae, R.R. y Holland, J.L.(1984). Personality and vocational interests in a adult sample. *Journal of Applied Psychology*. 69,390-400.
- Digman, J.M.(1990). Personality Structure: Emergence of the Five-Factor Model. *Annual Review of Psychology*, 41, 417-440.
- Dollinger, S.J. y Orf, L.A. (1991). Personality and performance in «personality». Conscientiousness and Openness. *Journal of Research in Personality*, 25, 276-284.
- Endler, N.S. y Hunt, J. (1968). S-R inventories of hostility and comparisons of the proportion of variance from persons, responses and situations for hostility and anxiousness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 8, 309-315.
- Endler, N.S. Y Okada, M.A.(1975). A multidimensional measure of trait anxiety. The S-R inventory of general trait anxiousness. *Journal of Consulting and Clinical psychology*, 43, 319-329.
- Eysenck, H. J. (1992). Four ways five factors are not basic. *Personality and Individual Differences*, 6, 667-673.
- Funder, D.C. (1991). Global traits: a neo-Allportian approach to personality. *Psychological Science*, 2, 31-39.
- Gerbin, D.W. Y Tuley, M.R.,(1991). The 16PF related to the five-factor model of personality. *Multivariate Behavior Research*, 26, 271-289.
- Goldberg, L.R. (1992). The development of markers for the big-five factor structure. *Psychological Assessment: Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 4, 26-42.
- Goldbert, L.R.(1993). The structure of phenotypic personality traits. *American Psychologist*, 48, 26-34.
- Goldbert, L.R. Y Rosolack, T.K. (1993). The big-five factor structure as an integrative framework: an empirical comparisons with Eysenck's P-E-N model. En C. F. Halverson, G.A. Kohnstamm y R.P. Martin (eds.) *The Developing Structure of temperament and personality from Infancy to Adulthood*. New York: Erlbaum.
- Gray, J. A.(1991). The neuropsychology of Temperament. En J. Strelau y A. Angleitmer (eds.): *Explorations in Temperament: International Perspectives on Theory and Measurement*. Londres: Plenum.
- Hanson, K.R.(1992). Thematic analysis of daily events as a method of personality assessment. *Journal of personality Assessment*, 58,3,606-620.
- Harkness, A.R., McNulty J.L. y Ben-Porath, Y.S.(1994). The Personality Psychopathology Five (PSY-5): constructs and MMPI-2 scales. *Psychological Assessment*, 7, 104-114.
- Hart, S.D. Y Hare, R.D.(1994). Psychopathy And The Big Five: Correlations Between Observer's Ratings Of Normal And Pathological Personality. *Journal Personality Disorders*, 8, 32-40.
- Hermans, H.J.M.(1970). A questionnaire measure of Achievement motivation. *Journal of Applied Psychology*, 54, 353-363.
- Hofstee, W.K.V., DeRaad. B. y Goldberg, L.R. (1992). Integration of the Big Five and circumplex approaches to trait structure. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63, 146-163.
- Hogan, R. (1986). *Hogan Personality Inventory Manual*. Minneapolis, MN: National Computer Systems.
- Jakson, D. N.(1974). *Personality Research Form Manual*. Port Huron: Research Psychologists Press.
- Kenrick, G.T. Y Funder, D.C. (1988). Profiting from controversy: lessons from the person-situation debate. *American Psychologist*, 43, 23-34.
- Lamiell, J. M. (1982). The case for an idiographic psychology of personality. B.A. Maher. *Progress in Experimental Personality Research*. Cambridge: Academic Press.
- Levy, L. (1970). *Conceptions of personality: theories and research*. New York: Randon House.
- Little, B.R., Lecci, L. y Watkinson, B. (1992). Personality and personal projects: Linking big five and PAC units of analysis. *Journal of Personality*, 60, 501-525.
- Lorr, M.(1986). *Interpersonal Style Inventory: Manual*. Los Angeles: Western Psychological Services.
- Luengo, M.A., Romero, E. Otero, J.M. y Gomez-Fraguela, J.A. (1995). El lugar de la impulsividad en los esquemas taxonómicos de descripción de la personalidad. *XXV Interamerican Congress of Psychology*. San Juan de Puerto Rico.
- McCrae, R. R. (1991). The Five-factor model and its assessment in clinical settings. *Journal of Personality Assessment*, 57, 399-414.
- Miguel Tobal, J.J. y Cano Vindel, A.R.(1988). *ISRA. Inventario de situaciones y respuestas de ansiedad. Manual*. Madrid: TEA.
- Mischel, W. (1973). Toward a cognitive social learning reconceptualization of personality. *Psychological Review*, 80, 253-283.

- Mischel, W. (1968). *Personalidad y evaluación*. México: Trillas.
- Mroczek D.K.(1993). *Personality and psychopathology in older men: the five factor model and the MMPI-2*. Ph.thesis. Boston University.
- Ozer, D.J. y Reise, S.P. (1994). Personality Assessment. *Annual Review of Psychology*, 45, 357-388.
- Paspalanov, I. y Sterinsky, D. (1984). A Questionnaire for Need Achievement. *Psychology*.
- Paunonen, S.V., Jackson, D.N. Trzebinski, J. Y Fosterling, F. (1992). Personality structure across cultures: a multimethod evaluation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 62, 447-456.
- Pelechano, V.(1989). Ejes de referencia y una propuesta temática. En E. Ibáñez y V. Pelechano (Eds.). *Personalidad*. Madrid: Alhambra Universidad.
- Revelle, W. (1995). Personality processes. *Annual Review of Psychology*, 46, 295-328.
- Runyan, W. M.(1983). Idiographic goals and methods in the study of lives. *Journal of Personality*, 51,413-437.
- Salgado, J.F. (1994). *Manual Técnico para el Inventario de Personalidad de cinco factores (IP/5F)*. Manuscrito no publicado. Dpto. de Ps. Social. Universidad de Santiago.
- Salgado, J.F. (1996). *The five factor model of personality and job performance in the European Community*. En prensa.
- Sánchez Bernardos, M.L.(1995). Las cinco dimensiones básicas de la personalidad. En M. D. Avia y M. L. Sánchez Bernardos (eds.). *Personalidad: aspectos cognitivos y sociales*. Madrid: Pirámide.
- Sandín, B. y Choror, P. (1984). Cuestionario de Ansiedad Rasgo (CAR S-R). I Congreso de Evaluación Psicológica. Madrid.
- Saucier, G. (1992). Benchmarks: integratin afective and interpersonal circles with the big-five personality factors. *Journal of Personality and Social Psychology*, 62, 1025-1035.
- Singer, J.L. y Kolligian, Jr. (1987). Personality: Develoments in the study of private experience. *Annual Review of Psychology*, 38, 533-574.
- Smith, J.M.(1973). A quick measure of Achievement Motivation. *British Journal of Clinical Psychology*, 12, 137-143.
- Spielberger, C. D. (1988). *State-Trait Anger Expression inventory*. Center for Research Behavioral Medicine and Health Psychology. University of Soud Florida. Tampa. Florida
- Spielberger, C. D., Gorsuch, S. L. y Lushene, R.E.(1970). *Manual for the State-Trait Anxiety Inventrory*. Palo Alto, CA:Consulting Psychologist Press.
- Trapnell, P.D. Y Wiggins, J.S. (1990). Extension of the Interpersonal Adjectives Scales to include the Big Five dimensions of personality. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59,781-790.
- Tett, R.P., Jackson, D.N. y Rothstein, M.(1991). Personality measures as predictor of job performance: A met-analytic review. *Personnel Psychology*, 44, 703-742.
- Trull, T.J. y Sher, K.J.(1994). relations between the five-factor model and personality and Axis I disorders in a nonclinical sample. *Journal of Abnormal Psychology*, 5, 11-18
- Widiger, T.A. (1993). The DSM-III-R categorical Personality disorders diagnoses: a critique and an alternative. *Psychology Inquiry*, 4, 75-90.
- Wiggins, J.S. Y TRAPNELL, P.D.(1992). Personality structure. The return of the Big Five. En S.R. Briggs, R. Hogan y W. H. Jones. *Handbook of Personality Psychology*. Orlando, FL: Academic.
- Wiggins, J. S. Y Pincus, A.L.(1992). Personality: Structure and assessment. *Annual Review of Psychology*, 43, 473-504.
- Zuckerman, M. (1991). *Psychobiology of Personality*. Cambridge. Cambridge Press.
- Zuckerman, M. (1994). *Impulsive unsocialized sensation seeking: The biological foundations of a basic dimension of personality*. See Bate & Wachs. 219-255.
- Zuroff, D. C.(1994). Depressive personality styles and the five-factor model of personality. *Journal personality Assessment*, 63, 453-472.